

# ACERCA DE LA PSICOLOGIA Y DE SU CRISIS

Guillermo Blanco

1. — Hace ya muchos años que se viene hablando de la crisis de la psicología. Sabido es que se trata de la psicología que se nos vendía como “ciencia positiva de los fenómenos psíquicos”. La consideración del estado actual de la disciplina nos lleva a aceptar la realidad de tal crisis. Y no menos, el hecho de que hayan sido los psicólogos los primeros en admitirla.

Si bien hay acuerdo en aceptar *el hecho* de la crisis, no se da tal uniformidad en la interpretación del *sentido* de tal hecho: para unos se trata de una superable crisis de crecimiento; según otros, nos hallamos ante un proceso de disolución de una disciplina que carece de razón de ser.

No hay tampoco acuerdo en el enunciado de la totalidad de *las causas* que juegan en el origen de esta crisis; pero sí se puede ya con bastante seguridad afirmar el papel que en ella desempeñan algunos factores como por ejemplo el atomismo o elementarismo psicológico. Por lo demás éste es el problema más fundamental y difícil: el hallazgo de las causas nos daría el sentido de la crisis; pero la búsqueda de las causas es lo más arduo para nosotros, que estamos metidos en la crisis y no podemos ocuparnos de ella *sub specie historiae*.

Vamos a tratar de lo que, a nuestro juicio, constituye *una* de las causas de la crisis de la psicología. Escuetamente podría formularse así: La estructura epistemológica de la psicología no corresponde a la realidad de lo psíquico; la crisis, en parte, es la manifestación del desacuerdo fundamental entre realidad psíquica y estructura científica; la superación de la crisis se daría, siempre, por lo menos, en parte, si la rica vitalidad actual de la investigación psicológica, se encuadrara en la concepción aristotélica de la psicología como región de la filosofía natural.

2. — Se dan, naturalmente, en la psicología las características de la crisis que esbozó Zubiri al analizar nuestra situación intelectual (*Naturalaleza, Historia, Dios* p. 19...). La cantidad de verdades que nos ha proporcionado la psicología es asombrosa. Muy pocas disciplinas saben del crecimiento extensivo que ha tenido la psicología. Ninguna edad ha acu-

mulado tanto saber acerca del niño, del adolescente, del primitivo, de los sexos, del anormal, como la nuestra. Pero es un signo inequívoco de crisis el que esta disciplina no nos haya dado un conocimiento del hombre: nadie ha sabido menos lo que es el hombre, que el psicólogo profesional. Explícate así el profundo desprecio que han mostrado por la "psicología oficial" —si bien se han valido de sus aportes—, pensadores como Freud y como Klages. El auge de los estudios caracterológicos, del psicoanálisis y otras escuelas de psicología profunda, la incesante postulación de una antropología filosófica, testifican el anhelo de un conocimiento del hombre, y el fracaso de la disciplina que no pudo satisfacer tal deseo. Es realmente *sintomático* el hecho del desarrollo de las partes de la psicología que están dadas en virtud de la división misma del trabajo intelectual —psicología del niño, del primitivo, etc...—, y la esterilidad de la psicología general frente a su objeto propio. La fecundidad asombrosa, especialmente de los métodos objetivos, en la asecuración de nuevas verdades, es un factor más que actúa en el proceso teratológico de la psicología. Crece así la dispersión, la confusión, por falta de una estructura mental que asimile los nuevos conocimientos en la unidad sistemática, que se deriva, para toda ciencia, del objeto formal propio de ese *habitus*: no en vano se distingue el crecimiento por adición de lo cuantitativo, del crecimiento intensivo de la cualidad. En psicología equivaldría, no a saber más cosas del hombre sino a saber más acerca del hombre, a conocer mejor al hombre.

3. — Para Aristóteles, y con él para nosotros, la epistemología es metafísica. La asignación de los objetos formales a los diversos tipos de ciencia, es función sapiencial, vale decir, metafísica: *sapientis est ordinare*. La división de los grados del saber versa sobre regiones del ente real, pues que la ciencia es de lo real, y corresponde al saber que es supremo en este orden, el discernimiento de los objetos formales que especifican —constituyendo— tal o cual hábito científico. (Entiéndase *hábito* en el sentido aristotélico de *exis*, o virtud dianoética, en nuestro caso, no en el de *habitude*, al que estamos acostumbrados por los manuales de psicología de inspiración francesa).

Toda delimitación del objeto de una ciencia supone una metafísica. Lo cual no es ni de admirar ni de lamentar. No es de admirar, ya que el quehacer científico es profundamente realista en su ejercicio (*exer-cite*), aunque se sostenga el idealismo en epistemología. Ni de lamentar; lo verdaderamente lamentable es, *primero*, que no se reconozca el tipo de metafísica que inspira la asignación de los objetos de la ciencia, y *segundo*, que sea *tal* tipo de metafísica el que de hecho se halle en juego.

Dentro del objeto formal de una ciencia cabe la división del trabajo, vale decir, la especialización; justificase ésta, porque así como la infinitud del objeto formal de la inteligencia funda la distinción específica de los hábitos intelectuales, así la amplitud del objeto formal de un hábito, justifica, *en el sujeto que hace la ciencia*, la especialización: por ello mismo la ciencia, que es descubrimiento de lo real, implica, para una inteligencia que conceptualiza como la nuestra, un *opus* de tradición, de trabajo conjunto, con toda la crítica que se quiera de los elementos transmitidos.

Explícase así, a nuestro juicio, la fecundidad de la investigación científica en los diversos campos de la psicología y la esterilidad de la psicología general frente a su objeto propio. El psicólogo por ejemplo que se ocupa de la psicología infantil, descubre, al contacto con su limitado objeto, nuevas verdades. Pero el psicólogo, que se ocupa de la psicología general, no puede ensamblar las verdades adquiridas en un sistema de juicios que exprese una adecuación con su objeto propio, por dos razones: *primero*, porque él, psicólogo, no tiene un profundo conocimiento de cuál sea el objeto formal de su disciplina; *segundo*, porque el objeto formal asignado a su disciplina es intrínsecamente inadecuado para la función esclarecedora y unificante que le corresponde.

En cuanto a lo primero: el psicólogo no tiene idea clara del objeto de su disciplina, porque comenzó con una profesión de fe antimetafísica o ametafísica —“hacemos ciencia positiva”...—; y solamente la metafísica podía darle al psicólogo una idea clara del objeto de su ciencia. Entiéndasenos bien: no decimos que la psicología no tenga una idea de su objeto —ya que ésta hállase implicada en la metafísica que la determina—, sino que esta idea no es clara al no ir acompañada de la lúcida conciencia de su naturaleza y sus implicaciones, cosa que *de facto* se revelará, si no en la conciencia del psicólogo individual, ciertamente en el proceso dialéctico del pensamiento psicológico, en la historia de la psicología, que no es de ningún modo semejante al proceso de desarrollo de la física.

En cuanto a lo segundo, debe ser demostrado *a posteriori*, por el análisis de la estructura que de hecho asumió la psicología. Por ello mismo se explicará que la psicología, que tenía una idea del hombre, no pudo darnos un conocimiento del hombre. En otros términos. No pudo darnos un conocimiento del hombre, de lo que en verdad es el hombre, *porque* tenía *tal* idea del hombre. Ejemplifiquemos llevando las cosas hasta el extremo: si yo pienso que el hombre es una esencia intemporal, angélica, puedo acumular conocimientos verdaderos en el estudio de niños, jóvenes, enfermos, etc., pero no podré sistematizar estos conocimientos en torno al objeto: esencia intemporal angélica, porque estos conocimientos, que

se derivan de la realidad, no casan con el concepto de hombre que yo me he asignado como objeto formal de la psicología. Ello nos muestra que en la sistematización científica entra un elemento que juega un papel primordial: la concepción teórica acerca del objeto de una ciencia; esta concepción teórica tiene que ser verdadera, adecuada a la realidad que se estudia, homogénea con ella. Brevemente dicho: la desgracia de la psicología ha sido el que se le haya asignado *tal* objeto formal propio; la causa de este error ha sido el que tal objeto se le haya determinado, no por la metafísica, lo cual es inevitable, téngase o no conciencia de ello, sino en base a una *tal* metafísica.

4. — En la fundación de la psicología encontramos, *primero*, la identificación cartesiana de lo psíquico como consciente; *segundo*, el postulado fenomenista; *tercero*, el ideal moderno de la ciencia como saber científico-natural.

Establécese que el objeto de la psicología es lo psíquico, entendido en términos de conciencia. Con lo cual se deja a un lado el problema de lo vital, que evidentemente no tolerará ser encuadrado en los moldes del mecanicismo; y se reduce lo psíquico a lo consciente. Quedan fuera del ámbito de la psicología: el problema de la vida, que volverá a ingresar a la filosofía, pero no a su lugar natural; y el problema de lo inconsciente, que no se soluciona relegándolo al dominio de lo fisiológico, y volverá a exigir su tratamiento psicológico. Tercera consecuencia: la adecuación de lo psíquico con lo consciente trae consigo el problema cuerpo-alma, sea que se lo plantee en términos de substancialismo o en términos de fenomenismo. Y así venimos a encontrarnos con que el problema de la comunicación de las substancias, que nace en Descartes y se continúa en Malebranche, Leibniz, Spinoza, se prolonga en esta psicología que quiere ser nada más que ciencia positiva. Muestra evidente de ésto es que todavía, al comienzo de la psicología, se plantea el problema de la caracterización de lo psíquico y lo no psíquico, y se acepta, implícitamente, que tal caracterización es unívoca. Con esto se prejuzga *a priori* que la relación de lo psíquico con lo físico y fisiológico es la misma para todo hecho de conciencia, para una sensación, una emoción, un juicio, una vivencia valorativa superior, etc... Lo cual no es otra cosa que la antigua tesis platónica, formulada en términos nuevos, de que todos los actos psíquicos proceden inmediatamente del alma. El problema cuerpo-alma como dualismo sustancial en sentido platónico-cartesiano, persiste en la psicología y es uno de los factores que impiden la sistematización psicológica.

Con este objeto así determinado, se quiere dar a la psicología un tipo epistemológico: el de ciencia positiva. Y como la epistemología mo-



derna ha *univocado* el concepto de ciencia, la psicología debe seguir el mismo camino de las otras ciencias: se toma como tipo ideal el saber natural ya constituido y en franco progreso: la física, la química. La física y la química imponen una concepción molecular de la materia. Como los epígonos de la Psicología de la Forma ya han denunciado con abundancia y sobrada razón, la desnaturalización del objeto de la psicología que implica el concebir lo psíquico *modo moleculari*, nos abstendremos de insistir en ello. Agreguemos a ésto que como en las mencionadas formas de saber natural no cuadra la consideración de la causa final, los fundadores de la psicología juzgaron que limpiamente podían también ellos excluirla de su disciplina.

Tenemos que al otorgar a la psicología una estructura científica se atentaba contra el objeto mismo de esa ciencia, forzando a un modo de conceptuar que implicaba la negación de dos de los caracteres fenomenológicamente más evidentes de lo psíquico: su carácter de totalidad y su dinamismo teleológico.

La realidad de lo psíquico, entendido aun como fenómeno de conciencia, exigía otro tipo de saber, respetuoso de la peculiaridad de su objeto. Tal exigencia no se satisfizo. El tipo de ciencia, en vez de moldearse sobre su objeto, lo moldea a éste, e impone un lenguaje, una forma de conceptuación que repugna a lo psíquico. Y tenemos con ésto un factor que impide que las verdades psicológicas, ganadas al contacto con la realidad psíquica puedan ser pensadas y expresadas dentro de tal cuadro mental y de sus exigencias.

A la incompatibilidad entre el objeto de la psicología y el tipo de saber que se le asigna, se suma otra, que nace del método tal como es exigido por el objeto, y del método cual lo exige el tipo de ciencia con el que se ha constituido la psicología.

Indudablemente el problema del método es secundario. Como todo camino se especifica por su término, así el método supone el objeto formal de la ciencia y el tipo epistemológico de ésta. Pero hemos visto que hay una inadecuación entre el objeto de la psicología y la pretensión de constituirse ciencia positiva de tipo naturalista. Ahora bien, en virtud de su objeto formal, lo psíquico como consciente, la psicología exige, como método propio y principal, la introspección. Pero la estructura científica que se le asigna implica también, como propio y principal, el método objetivo. Y ésto lo han visto bien los adversarios de la introspección: la objetividad científica exige la posibilidad de control y de observación simultáneos, cosa que no se da en la introspección; de hecho, desde los orígenes de esta psicología hasta nuestros días, la introspección, por necesidad misma de la realidad que estudia, la materia psicológica, y por la constante crítica de que es objeto, ha ve-

nido acercándose lo más posible al idea de un método objetivo, multiplicando los procedimientos de control (anotación inmediata de los hechos, crítica del testimonio, cuestionario, etc.). Pero no puede dejar de ser introspección, por más que se amplíe, pues así lo exige la naturaleza de lo psíquico que presupone. Por otra parte, el método objetivo, con su innegable éxito, reclama una concepción de lo psíquico muy distinta de la expresada en términos de interioridad, conciencia...

Tenemos, entonces, *primero*, que hay una incompatibilidad entre el objeto de la psicología y el tipo epistemológico que se le asignó como propio; *segundo*, que hay incompatibilidad entre este tipo epistemológico y el método que corresponde al objeto de la psicología. Consiguientemente, si se univoca el concepto de ciencia y se ejemplifica con el saber físico, resulta que: o la psicología debe modificar su objeto formal, y con él su método; o la psicología quiere mantener su objeto y método introspectivo, y entonces, debe crearse un tipo de ciencia adecuado a su concepción de lo psíquico.

*En el primer caso*, el cambio de objeto formal entrañaría un cambio de ciencia, ya que es el objeto lo que especifica un saber; y en este caso tendríamos una ciencia nueva, numéricamente distinta de la anterior, es decir *otra*, aunque conservara la identidad de nombre. Si este es el caso, en la actualidad nos hallaríamos, no frente a una vitalizadora crisis de principios, como ha acontecido en la física, sino frente al nacimiento de un nuevo saber que se sobrepone a otro que ha hecho crisis, ya fenecido, de mero valor histórico.

*En el segundo caso*, mantener el objeto formal inicialmente asignado a la psicología, implicaría lo siguiente: *Primero*, crearse un tipo de saber propio, y con ello romper con la tesis de la univocidad de la ciencia, lo cual, por una parte, sería un progreso, una reconquista, toda vez que el concepto de ciencia es en verdad analógico; por otra, significaría una infidelidad al ideal primitivo; *Segundo*, esta conquista no quitaría a la psicología su intrínseca inhabilidad para darnos un conocimiento del hombre. Que es decir: en virtud de su punto de partida, esta psicología lleva necesariamente a un impasse, a una crisis que no es de crecimiento sino de disolución. La noción de psíquico como consciente está determinada, según se ha visto, por el planteo cartesiano de la interacción de las sustancias cuerpo y alma; por lo demás, esta pureza de "lo psicológico puro" se ha revelado infecunda en la psicología, y la condición del progreso ha sido la infidelidad a este prejuicio. (Pueden leerse, a este respecto, las atinadas observaciones de Pradines en el Prefacio de su *Traité de Psychologie* T. 1, págs. XVII-XXXII).

Si pues el hombre no es pura conciencia, y se busca un saber del hombre, el saber acerca de la conciencia debe ser subsumido por la an-

tropología, y con ello pasa a ser la parte constitutiva de un saber más amplio: pierde entonces la pretendida autonomía que recababa para sí.

5. — Esto último nos lleva a considerar si no hay por ventura en la filosofía clásica, a donde es fuerza siempre retornar, una concepción que, en principio, pueda proporcionar las bases para una organización tal del saber psicológico que no implique, por lo menos de ese lado, la gestación de un estado de crisis. A nuestro juicio, esta condición la cumple la concepción aristotélica de la psicología como parte de la Filosofía Natural.

En el saber total que es la Filosofía de la Naturaleza, cuyo objeto propio es el ente móvil o cuerpo natural (no viviente o viviente) en toda su latitud, la psicología ocupa el último lugar, en orden de estudio, el primero en dignidad. Pero como el término psicología es de creación reciente, al ser introducido en el esquema aristotélico puede cubrir dos zonas de saber desiguales: o se hace coincidir con la parte que se ocupa del ente móvil viviente, o se atiende a su etimología, y entonces, es la parte de la ciencia del ente viviente que se ocupa del alma. Cuando se divide la Filosofía Natural aristotélica en Cosmología y Psicología, se otorga a ésta como objeto adecuado el ser viviente (vegetativo, sensitivo, racional). El saber acerca del alma —etimológicamente psicología— del que por ejemplo se ocupa Aristóteles en el *De Anima* es sólo una parte de la psicología, la parte que versa sobre lo que es formal en el ente viviente, es decir, el alma, pero el ser viviente es el todo que vive porque tiene alma. El hacer, pues, de la psicología la ciencia del alma, no es enseñanza aristotélica, sino doctrina de Wolff. Por ello, en la clasificación de Wolff la psicología es una subespecie de la *Pneumatología*. La *Psychologia Rationalis* de Wolff es lo opuesto a este saber del ser viviente que constituye para Aristóteles una región de la Filosofía Natural (Física). Por ser tal, la psicología aristotélica está profundamente ligada a la experiencia, mientras que la *Psychologia Rationalis* parte de una definición a priori del alma, y constituye, como lo ha señalado Windelband, un *ars demonstrandi* sin un *ars inveniendi*.

Si, pues, el ser viviente constituye el objeto propio de la psicología, esto permite, a nuestro juicio: *Primero*, superar la dualidad de conciencia y comportamiento en la unidad de un tipo de vida, y la dualidad de introspección y observación objetiva, ya que en virtud del objeto formal mismo se exige la pluralidad de métodos; *segundo*, fundar un saber acerca del hombre, porque en el objeto formal de la psicología es el hombre el sujeto de la ciencia que reúne los tres géneros de vida; *tercero*, integrar las verdades adquiridas por la psicología científica en la unidad de un sistema, como ya lo había reconocido Wundt.

Pero no se nos atribuya un ingenuo optimismo: la aceptación de la psicología como Filosofía Natural traería una *exacta ubicación* del saber psicológico y la *posibilidad* de un progreso científico; pero una ciencia no progresa ni soluciona los problemas por el solo hecho de estar ubicada en un cuadro epistemológico exacto: baste recordar la física medieval. Es cuestión de inteligencia y trabajo, conviene no olvidarlo.